

AL DR. IGNACIO CHÁVEZ,
MAESTRO DE CIENCIAS Y DE HUMANIDAD, EN SUS
BODAS DE ORO PROFESIONALES.

ALFREDO DE MICHELI*

ACERCA DE LA INVESTIGACION Y LA ENSEÑANZA

TODOS LOS HOMBRES, por su propia naturaleza, anhelan saber. El saber se adquiere gracias a un esfuerzo personal, dirigido y orientado por la labor de un maestro. Ambos factores son casi siempre indispensables. De hecho, Aristóteles nos recuerda que los hombres de experiencia suelen obtener más éxito que los dotados de puras nociones abstractas (Metafísicas, A. I, 981 a 13). Por otra parte, se considera el conocimiento como un modo de representación, es decir, la presentación de algo ante nosotros.

La interrogación científica es impulsada sin descanso hacia la eliminación de las contradicciones encontradas, venciendo la fuerza del Νερχος empedocleo, que impide a las cosas confluir en la unidad primordial. Dicha eliminación puede lograrse por un avance continuo que permite reabsorber las contradicciones aparentes en una unidad de fondo, a saber en un principio común. La palabra *principio* debe entenderse según la definición de Christian Wolff: "Principium dicitur id, quod in se continet

rationem alterius" (antologie. S 70). Se trata del "principium reddendae rationis sufficientis" o principio de razón suficiente, formulado por Leibniz en el siglo XVII, que enfoca toda clase de representación humana. Es éste el principio supremo del conocimiento y de los objetos por conocer, que debe aplicarse tanto al estudio de las leyes de la naturaleza como al del hombre, y rige la manifestación de los fenómenos naturales, así como el camino de la historia de la civilización. Ambos aspectos son partes del ser total de lo existente o, según la expresión más antigua del pensamiento occidental, de la *Natura*. Leibniz, en uno de sus últimos tratados (cf. Philos. Schriften, ed. Gerhardt, VII, 289 sq.), afirma claramente que la naturaleza de las cosas implica la razón de su existencia. La trascendencia del principio mencionado (principium magnum, grande et nobilissimum) consiste menos en la extensión de su aplicación directa, que en el llamamiento imperioso a proporcionar una razón suficiente tanto en la ciencia moderna como en la meditación filosófica. Y ambas no son más que diferentes facetas de la "historia del ser" o de la "dispensación del ser" (Seinsgeschichte).¹ Debe entenderse el valor de la

* Del Departamento de Electrocardiografía y Vectocardiografía del Instituto Nacional de Cardiología de México.

palabra "ser" conforme a los conceptos de la *ύσις* (apertura espontánea) y de la *οὐσία* (esencia), que tenían los pensadores griegos, y de la *objetividad* de Kant (condición de posibilidad del objeto). La esencia del ente fue llamada *ιδέα* por Platón, es decir, lo que corresponde a su aspecto como es visto por nosotros. Con anterioridad, Heráclito la había denominado *λόγος*, la palabra del ente que nosotros oímos y entendemos. Los dos conceptos evocados sugieren que pensar consiste en ver y entender.

La investigación en las ciencias de la naturaleza es como una agresión en contra de esta última, que, sin embargo, no impide sus manifestaciones. La antigua expresión contenida en el fragmento 123 de Heráclito: *ἀγγιβασίη* (acercarse, dirigirse hacia las proximidades), podría constituir la palabra clave de un tratado sobre la ciencia moderna. Esta se caracteriza por un movimiento de acercamiento a lo esencial de los fenómenos y se funda en la técnica, entendida en el sentido más amplio y en todo el polimorfismo de su significado. En otros términos, la técnica debe considerarse como un plan que el hombre elabora con la posibilidad de dominarlo o de volverse su esclavo. Bajo este ángulo, todas las facetas del vasto mundo de la técnica pueden reducirse a la dimensión del hombre. Sin embargo, es el llamado del ser que vibra en la esencia de la técnica, en la cual se vislumbra una interdependencia del hombre y el ser.

Todas las ciencias tienen su fundamento común en la filosofía, sin que acontezca lo inverso². El investigador necesita siempre de ideas y descubrimientos nuevos o, de lo contrario, la ciencia cae en el estancamiento. El filósofo se inspira en un pensamiento único³. La filosofía, según Aristóteles, es el acercamiento a los primeros fundamentos mediante la contemplación de las causas (Metafísica, A, II, 982, b 9). Principios y causas determinan lo existente y reglan todas sus representaciones. La doctrina del pensar se desenvuelve en el Occidente como Lógica o, mejor, como *ἐπιτίμη λογική*: la comprensión que alcanza al logos. Al determinar el pensamiento como logos o discurso, la contradicción puede jugar el papel de una regla en el proceso del entendimiento. Por eso, la lógica se vuelve dialéctica. Pero si pensar y ser son lo mismo, tal como reza el fragmento V de Parménides, es también cierto que el pensamiento es un camino y un diálogo. De todo esto se desprende la importancia de la *información* que, en su doble aspecto de comunicación y di-

rección, plasma la existencia contemporánea.

Según Aristóteles⁴, la enseñanza consiste en exponer las causas de los fenómenos. Debe indicar el camino por donde dirigirse hacia tales causas, como lo subraya Platón en uno de sus diálogos más conocidos, el Menón. Si se recuerda que camino se dice en griego *ὁδός* y que *τρεά* quiere decir "hacia", es fácil darse cuenta cómo la palabra método *μέθοδος* significa la vía que puede conducir hacia el ser del existente o, en otros términos, hacia el ser porque equivale a enseñar a aprender. El que enseña debe aprender mucho más que sus educandos de lo que es. Enseñar es más difícil que aprender, para poder encauzarlos por las verdaderas sendas del conocimiento. El maestro debe ser más experimentado y dúctil que sus discípulos, porque se siente menos seguro en su propia tarea. Por lo tanto, en una relación auténtica entre el que enseña y los que aprenden, no cabe ni la pantalla del sabelotodo ni la máscara del cancerbero. Se explica, pues, lo difícil y lo poco frecuente que es llegar a ser un buen maestro, cosa algo distinta al profesor célebre.

Es preciso subrayar que, para la realización de una buena enseñanza y de un buen aprendizaje, se debe tomar conciencia de la relación existente entre el que enseña y el que quiere aprender. Infortunadamente hoy día, en que privan los puntos de vista interesados —por ejemplo, el provecho personal— muy pocos aspiran a ser buenos maestros, quizá por miedo a las responsabilidades, a las dificultades y a la grandeza misma de tal quehacer. De todos modos, los llamados a esta vocación encontrarán aliento, en su ardua tarea, en la exhortación de Nietzsche⁵: "Sólo nuestras obras y nuestros discípulos podrán abrir las rutas al barco de nuestra vida".

BIBLIOGRAFÍA

1. HEIDEGGER, M.: *Le principe de raison*. (Traduit par A. Préau). Ed. Gallimard, Paris, 1962, p. 196 sq.
2. HEIDEGGER, M.: *Qu'appelle-t-on penser?* (Traduit par A. Becker et G. Granel). P. U. F., Paris, 1959, p. 143.
3. SHOPENHAUER, A.: *Die Welt als Wille und Vorstellung*. Ed. Brockhaus, Leipzig, 1820.
4. ARISTOTE.: *Physique et métaphysique*. (Textes choisis et traduits par S. et M. Dayan). P. U. F., Paris, 1966, p. 7.
5. NETZSCHE, F.: *Notes et aphorismes*. (Textes choisis et traduits par M. Betz). Ed. Le livre de poche, Paris, 1969, aph. 229.